

mejantes. El genio tan lúcido al par que tan vasto de Schiller parece haberle revelado todos los fenómenos de la acción viva y cortante que ejercen ciertas ideas en las organizaciones humanas. Un pensamiento puede matar a un hombre. Tal es la moral de las desgarradoras escenas en que el poeta muestra, en *Los Bandidos*, a un joven desgarrando de tal modo con sus ideas el corazón de un anciano, que acaba por arrancarle la vida. Quizá no está lejana la época en que la ciencia llegue a conocer el mecanismo ingenioso de nuestros pensamientos y penetre la transmisión de nuestros sentimientos. Algún continuador de las ciencias ocultas probará que la organización intelectual es en cierto modo un hombre interior que se proyecta con tanta violencia como el hombre exterior, y que la lucha que puede establecerse entre dos de estos poderes invisibles, para nuestros ojos, no es menos mortal que los combates a cuyas contingencias entregamos nuestros cuerpos. Pero estas consideraciones pertenecen a otro estudio que publicaremos a su vez; algunos de nuestros amigos conocen ya una de las más importantes: LA PATOLOGÍA DE LA VIDA SOCIAL o *Meditaciones matemáticas, físicas, químicas y trascendentales sobre las manifestaciones del pensamiento consideradas bajo todas las formas que produce el estado de sociedad sea en el vivir, en el habitar, en el andar, en la hipiátrica, sea con la palabra y la acción, etc.*, donde se agitan todas estas importantes cuestiones. El objeto de nuestra pequeña observación metafísica es el advertiros que las altas clases sociales razonan demasiado bien para que no puedan ser atacadas de otro modo que no sea con armas intelectuales.

Así como se encuentran almas tiernas y delicadas en cuerpos de una aspereza mineral, del mismo modo existen almas de bronce envueltas por cuerpos sútiles y delicados, cuya elegancia atrae la amistad, cuya gracia necesita caricias; pero si halagáis al hombre exterior con la mano, el *homo duplex*, para servirnos de una expresión de Buffón, no tarda en moverse y sus angulosos contornos os lastiman.

Esta descripción de un género particular de entes, con los que os deseamos que no choquéis en vuestro paso por la tierra, os ofrece una imagen de lo que será vuestra mujer para vosotros. Cada uno de los sentimientos más dulces que la naturaleza ha colocado en su corazón, se convertirá en ella en un puñal. Atacado a todas horas, sucumbiréis necesariamente, pues vuestro amor se irá escapando por cada una de vuestras heridas.

Este es el último combate, pero es también para ella la victoria.

Para obedecer a la distinción que hemos creído poder establecer entre las tres clases de temperamentos en que están comprendidos en cierto modo los tipos de todas las constituciones femeninas, dividiremos esta Meditación en tres partes, que tratarán:

- 1.^a DE LA JAQUECA.
- 2.^a DE LOS ATAQUES DE NERVIOS.
- 3.^a DEL PUDOR CONSIDERADO CON RELACIÓN AL MATRIMONIO.

I

DE LA JAQUECA

Las mujeres son constantemente juguetes o víctimas de su excesiva sensibilidad; pero hemos demostrado que, en la mayor parte de ellas, esta delicadeza de alma debía recibir, casi siempre sin saberlo nosotros, los más rudos golpes por parte del matrimonio. (Véanse las Meditaciones tituladas: *De los Predestinados* y de la *Luna de miel*.) ¿No son también la mayor parte de los medios de defensa empleados instintivamente por los maridos lazos tendidos a la vivacidad de los afectos femeninos?

Llega un momento durante la *Guerra civil* en que una mujer recorre con su solo pensamiento la historia de su vida moral y se irrita al considerar el abuso que habéis hecho de su sensibilidad. Es muy raro que las mujeres, sea por un sentimiento de venganza innato que ellas no se explican nunca, o sea por un instinto de dominación, no lleguen a descubrir entonces un medio de gobierno en el arte de poner en juego en el hombre esta propiedad de su máquina.

Proceden con admirable arte a la investigación de las cuerdas que más vibran en el corazón de sus maridos; y, una vez que hayan encontrado el secreto, se apoderan codiciosamente de este principio; después, como el niño a quien se da un juguete mecánico cuyo resorte irrita su curiosidad, llegarán hasta estropearlo, golpeando incesantemente, sin preocuparse de las fuerzas del instrumento, con tal que ellas logren su objeto. Si os matan, os llorarán con la mejor gana posible y como el más virtuoso, el más excelente y el más sensible de los seres.

Vuestra mujer se armará en un principio de ese sentimiento generoso que nos obliga a respetar a los seres que padecen. El hombre más dispuesto a reprimir a una mujer llena de vida y de salud, pierde sus energías ante una mujer enfermiza y débil. Si la vuestra no ha alcanzado el objeto de sus secretos designios con los diversos sistemas de ataque descritos ya, no tardará en echar mano de esta poderosa arma.

En virtud de este principio de nueva estrategia, veréis a la joven tan llena de vida y belleza con quien os habéis casado, metamorfoseada en una mujer pálida y enfermiza.

La jaqueca es una afección que tiene infinitos recursos para las mujeres. Esta enfermedad, que es la más fácil de fingir, porque no ofrece síntomas visibles, se adquiere con decir únicamente:

—Tengo jaqueca.

Una mujer se ríe entonces de vosotros, pues no existe persona en el mundo que pueda dar un mentís a su cráneo, cuyos impenetrables huesos engañan al tacto y a la observación. Por eso, en nuestro concepto, la jaqueca es la reina de las enfermedades, el arma más poderosa y más terrible que emplean las mujeres contra sus maridos. Existen seres violentos y sin delicadeza que, como conocen las astucias femeninas por sus queridas del tiempo feliz de su celibato, se alaban de no caer en este lazo. Todos sus esfuerzos, todos sus razonamientos, acaban por sucumbir ante la magia de estas dos palabras:

—Tengo jaqueca.

Si un marido se queja de esto, si se atreve a hacer un reproche o una observación, si intenta oponerse al poder de este *Il buondo cani* del matrimonio, está perdido.

Imaginaos a una joven, voluptuosamente acostada en un diván, con la cabeza inclinada en uno de los cojines y con un brazo colgando; un libro está a sus pies, y la taza de tila sobre un pequeño velador. Ahora, colocad a un robusto marido delante de ella. Ha dado cinco o seis vueltas por el cuarto, y, cada vez que ha vuelto los talones para reanudar su paseo, la enfermita ha dejado escapar un movimiento de cejas para indicarle en vano que el más leve ruido la molesta. En una palabra, que reúne todo su valor y se atreve a protestar de esta astucia con esta atrevida frase:

—Pero ¿tienes en realidad jaqueca?

Al oír estas palabras, la joven esposa levanta un poco su lánguida cabeza, levanta un brazo que vuleve a caer débilmente sobre el diván, levanta sus tristes ojos al techo,

levanta, en una palabra, todo lo que puede levantar; después, dirigiéndolos una tierna mirada, dice con voz sumamente débil:

—¡Qué quieres que tenga!... ¡Oh! ¡no se sufre tanto para morir!... ¿Son esos todos los consuelos que me prodigáis? ¡Ah! ¡cómo se conoce, señores míos, que la naturaleza no les ha encargado a ustedes de echar hijos al mundo! Sois egófstas e injustos; nos tomáis en toda la flor de nuestra juventud, frescas, rosadas, con talle esbelto. ¡Qué bonito es eso! Cuando vuestros placeres han arruinado los dones florecientes con que nos habla dotado la naturaleza, no tenéis en cuenta que los hemos perdido por vosotros. ¡Así van las cosas! No queréis dejarnos ni las virtudes, ni los sufrimientos de nuestra condición. Habéis necesitado hijos, y nosotras hemos pasado la noche cuidándolos; pero los partos han arruinado nuestra salud legándonos el principio de las más graves defecciones... ¡Ah! ¡qué dolores! Habiendo tantas mujeres que padecen de jaqueca, no sé como te extraña que la tenga yo también... Os reís de nuestros dolores porque no tenéis corazón... ¡Por favor, no pasees más! Nunca hubiera esperado esto de ti... (Para el reloj, porque el movimiento del péndulo me zumba en la cabeza. Gracias.) ¡Oh! ¡qué desgraciada soy!... ¿No llevas contigo ninguna esencia? ¿Sí? ¡Ah! ¡por favor, déjame sufrir en paz y salte, pues ese olor me mata!

¿Qué podéis responder a todo esto? ¿No hay en vosotros una voz interior que os dice: ¿y si sufriese? En esta situación, la mayor parte de los maridos abandonan el campo de batalla, y sus mujeres les ven alejarse con el rabillo del ojo, andar de puntillas y cerrar con mucho cuidado la puerta, en lo sucesivo sagrada.

He aquí a la jaqueca, verdadera o falsa, introducida en vuestra casa. La jaqueca empieza entonces a desempeñar su papel en el seno del hogar. Es un tema con el que la mujer sabe hacer admirables variaciones desplegándolo en todos los tonos. Con la jaqueca únicamente, una mujer puede desesperar a un marido. La jaqueca ataca a vuestra mujer cuando quiere, donde quiere y tantas veces como quiere. Las hay de cinco días, de diez minutos, periódicas o intermitentes.

Algunas veces encontráis a vuestra mujer en la cama sufriendo, agobiada, y con las persianas de su cuarto cerradas. La jaqueca ha impuesto silencio a todo, desde las regiones de la mansión del portero, que estaba cortando leña, hasta el granero, desde donde vuestro cochero

arrojaba al patio inocentes haces de paja. Dando fe a esta jaqueca, salís; pero al volver os dicen que la señora ha salido... No tarda ésta en presentarse fresca y encarnada, y diciendo:

—Ha venido el doctor, me ha aconsejado el ejercicio y me encuentro muy bien.

Otro día queréis entrar en la habitación de vuestra mujer.

—¡ Ah! señorito—os responde la camarera con todas las muestras del más profundo asombro,—la señora tiene jaqueca y nunca la he visto tan mala. Acaban de ir a avisar al doctor.

—¡ Qué feliz eres teniendo una mujer tan bonita!—decía el general Augereau al general R...

—¡ Tener!—replicó éste.—Me parece que digo mucho si afirmo que tengo diez días al año a mi mujer... Estas p... mujeres tienen siempre jaqueca o no sé qué.

La jaqueca reemplaza en Francia a las sandalias que el confesor deja en España a la puerta del cuarto en que está con su penitenta (1).

Si vuestra mujer, sintiendo intenciones hostiles por vuestra parte, quiere hacerse tan inviolable como la Constitución de un Estado, os empieza una pequeña sinfonía de jaqueca. Se mete en la cama fingiendo los mayores dolores del mundo, lanza gritos que desgarran el alma, y aparecen en su rostro gestos tan hábilmente fingidos, que cualquiera diría que va a morir. Y ¿quién será el hombre tan poco delicado que se atreva a hablar de deseos que, en él, anuncian una perfecta salud, a una mujer tan ogobiada por los dolores? La mera urbanidad exige imperiosamente su silencio. Una mujer sabe entonces que por medio de su poderosísima jaqueca puede fijar a su gusto, en lo alto del lecho nupcial, aquel cartel tardío que hace volverse bruscamente a su casa a los aficionados atraídos por un anuncio de la Comedia francesa, y que dice: *Se suspende la función por indisposición repentina de la señorita Mars.*

¡ Oh jaqueca, protectora de los amores, impuesto conyugal, escudo adonde van a chocar todos los deseos maritales! ¡ Oh poderosa jaqueca! ¿cómo es posible que los amantes no te hayan celebrado, divinizado y personifica-

(1) Esta ficción es generalmente artículo de fe para los franceses, y se atribuye a un oficial francés que, despedido de una española, quiso vengarse de este modo.—(N. del T.)

do? ¡ Oh prodigiosa jaqueca! ¡ Oh engañosa jaqueca, bendito sea el cerebro que te concibió por primera vez! ¡ ludibrio para el médico que encontrase un preservativo contra ti! ¡ Si, tú eres el único mal que las mujeres bendicen, sin duda por agradecimiento a los bienes que les dispensas! ¡ Oh engañosa jaqueca! ¡ Oh prodigiosa jaqueca!

II

DE LOS ATAQUES DE NERVIOS

Existe un poder superior al de la jaqueca, y debemos confesar para gloria de Francia que este poder es una de las conquistas más recientes del espíritu parisiense. Como sucede con todos los descubrimientos útiles a las artes y a las ciencias, no se sabe a qué genio es debido éste. Sábese únicamente que hacia mediados del siglo pasado, cuando empezó a usarse el vapor en Francia, y mientras que Papin aplicaba a problemas de mecánica la fuerza del agua vaporizada, una francesa, desconocida por desgracia, tenía la gloria de dotar a su sexo del poder de vaporizar sus fluidos. Los efectos prodigiosos obtenidos por los ataques no tardaron en alcanzar a los nervios, y de ahí es como, de fibra en fibra, nació la neurología. Esta ciencia admirable ha conducido ya a los *Phillips* y a hábiles fisiólogos al descubrimiento del fluido nervioso y de su circulación; acaso están en vísperas de poder reconocer sus órganos y los secretos de su nacimiento y de su evaporación. De este modo, gracias a algunas chanzas, llegará un día en que podremos penetrar los misterios de esa potencia desconocida que hemos nombrado ya más de una vez en este libro, de la *voluntad*. Pero no nos internemos en el terreno de la filosofía médica. Consideremos los nervios y sus ataques tan sólo en sus relaciones con el matrimonio.

Las *neurosis* (denominación patológica que comprende todas las afecciones del sistema nervioso) son de dos clases por lo que atañe al empleo que de ellas hacen las mujeres casadas, pero nuestra Fisiología siente profundo desprecio por las demás clasificaciones médicas. De modo que nosotros admitimos:

1.º NEUROSIAS CLÁSICAS.

2.º NEUROSIAS ROMÁNTICAS.

Las afecciones clásicas tienen algo de belicoso y ani-

UNIVERSIDAD NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
Apto. 1625 MONTERREY, N. L.

mado. Son violentas en sus expansiones como las Pitonisas, arrebatadas como las Ménadas, agitadas como las Bacantes: son la antigüedad pura.

Las afecciones románticas son dulces y plañideras como las baladas que se cantan en Escocia durante las nieblas. Son pálidas como las jóvenes conducidas al sepulcro por el baile o por el amor. Son eminentemente elegiacas, encierran toda la melancolía del norte.

La mujer de cabellos negros, de mirada penetrante, de facciones vigorosas, de labios secos, será ardiente y convulsiva, y representará el genio de las neurosis clásicas; mientras que la joven rubia y de tez blanca representará a las neurosis románticas. A la una pertenecerá el imperio de los nervios, a la otra el de los ataques.

Muchas veces un marido, al volver a casa, encuentra a su mujer llorando.

—¿Qué tienes, ángel mío?

—¿Yo? nada.

—Pero ¿por qué lloras?

—Lloro sin saber por qué. Estoy muy triste. He visto figuras en las nubes y esas figuras no se me aparecen nunca más que la víspera de alguna desgracia... ¡Me parece que voy a morir!

Os habla entonces en voz baja de su difunto padre, de su difunta madre, de su difunto abuelo, de su difunto primo. Invoca todas aquellas sombras lamentables, cree tener todas sus enfermedades, se siente atacada de todos los males y su corazón latir con demasiada violencia o hincharse su bazo. Al mismo tiempo, os decís con aire pensativo:

—Ya sé de dónde proviene todo eso.

Procuráis entonces consolarla, pero he aquí que vuestra mujer bosteza, se queja del pecho, vuelve a llorar y os suplica que la dejéis con su melancolía y sus recuerdos. Os habla de sus últimas disposiciones, de los funerales, del entierro, y cree ya ver el sauce llorón que adornará su tumba, y cuando creáis hallar un alegre epitalamio, os encontraréis con un fúnebre epitafio. Vuestro intento de consolarla se disuelve, pues, en la nube de Ixión (1).

Existen mujeres de buena fe que arrancan de este modo

(1) Ixión, rey de los lápitas, a quien Júpiter había concedido un asilo en el Olimpo. Habiendo faltado al respeto a Junón, fué precipitado en el Tártaro por el dios de los dioses y condenado a dar vueltas eternamente atado a una rueda con serpientes.—(N. del T.)

a sus sensibles maridos cachemires, diamantes, el pago de sus deudas o el abono a un palco de los Buffos. Pero los ataques se emplean casi siempre como armas decisivas en la *Guerra civil*.

Pretextando su consunción dorsal y su afección al pecho, una mujer va a buscar distracciones. La veis vestirse con flojedad y con todos los síntomas del esplín, y no sale más que porque una amiga íntima, su madre o su hermana vienen para sacarla de aquel diván que la devora y en el que pasa la vida improvisando elegías. La señora va a pasar quince días al campo porque el doctor se lo ordena. En una palabra, que va adonde quiere y hace lo que quiere. ¿Se encontrará nunca un marido bastante brutal para oponerse a tales deseos y para impedir que una mujer vaya a buscar alivios de males tan crueles? No, pues ha quedado establecido, tras largas discusiones, que los nervios causan atroces sufrimientos.

Pero donde los ataques desempeñan, sobre todo, un gran papel, es en la cama. Allí, cuando una mujer no tiene jaqueca ni ataques de nervios, está bajo la protección del cinturón de Venus, que, como sabéis, es un mito.

Entre las mujeres que os presentan la batalla con los ataques de nervios, existen algunas, más rubias, más delicadas, más sencillas que las otras, que tienen el don de las lágrimas. ¡Saben llorar tan admirablemente! Lloran cuando quieren, como quieren y tanto como quieren. Organizan un sistema ofensivo que consiste en una resignación sublime, y alcanzan victorias tanto más brillantes, cuanto que quedan con buena salud.

Si un marido irritado llega a promulgar leyes, le miran con aire sumiso, bajan la cabeza y callan. Esta pantomima contraría casi siempre a un marido. En estas clases de luchas conyugales, el hombre prefiere oír a la mujer hablar y defenderse, pues entonces uno puede exaltarse y enfadarse; pero esas mujeres, nada... su silencio os inquieta y os produce una especie de remordimiento parecido al que experimenta el asesino que no ha encontrado resistencia en su víctima. Hubiera querido asesinar defendiéndose. Si volvéis, al acercaros, vuestra mujer enjuga sus lágrimas y guarda su pañuelo para que podáis ver claramente que ha llorado. Os enternecen. Suplicáis a vuestra Carolina que hable, y vuestra sensibilidad, vivamente conmovida, os lo hace olvidar todo; entonces ella solloza hablando y habla sollozando con una elocuencia de molino; os aturde con sus lágrimas y con sus ideas confusas: es una taravilla, es un torrente.

Las francesas, y sobre todo las parisienses, poseen a las mil maravillas el secreto de estas escenas, a las que la naturaleza de sus órganos, de su sexo, de su tocado y de su charla dan encantos increíbles. ¡Cuántas veces una sonrisa maliciosa ha reemplazado a las lágrimas en el caprichoso rostro de esas adorables comediantas, cuando ven que sus maridos se apresuran a cortar el cordón de seda, lazo débil de sus corsés, o a asegurar más la peineta que reunía los mechones de sus cabellos, prontos siempre a mostrar millares de dorados rizos!

Pero que todas estas astucias modernas cedan ante el genio antiguo, ante los poderosos ataques de nervios, ante la pirrica conyugal.

¡Ah! ¡cuántas promesas hay para un amante en la vivacidad de esos movimientos convulsivos, en el fuego de esas miradas, en la fuerza de esos miembros graciosos hasta en sus excesos! Una mujer se lanza con un viento impetuoso, se precipita como las llamas de un incendio, se doblega como una ola que se escurre sobre blancos guijarros, sucumbe por demasiado amor, ve el porvenir, profetiza, ve sobre todo el presente, aturde al marido y le imprime una especie de terror.

Basta muchas veces al hombre haber visto una sola vez a su mujer removiéndolo a tres o cuatro hombres vigorosos como si fuesen plumas, para no intentar ya nunca seducirla. Será como el niño que, después de haber disparado el gatillo de una espantosa máquina, siente un increíble respeto por el más insignificante resorte. Yo conocí un marido, hombre afable y pacífico, cuyos ojos estaban incesantemente fijos en los de su mujer, enteramente lo mismo que si estuviese metido en una jaula de un león y le hubiesen dicho que no irritándolo no tendría que temer nada de él.

Los ataques de nervios son muy penosos y se hacen cada día más raros; por eso ha prevalecido el romanticismo.

Se han encontrado algunos maridos flemáticos, de esos hombres que aman largo tiempo porque no abusan nunca de sus sentimientos, y cuyo genio ha triunfado de la jaqueca y de la neurosis; pero estos hombres sublimes son raros. Discípulos fieles del bienaventurado santo Tomás, que quiso poner el dedo en la llaga de Jesucristo, están dotados de una incredulidad de ateo. Imperturbables ante las perfidias de la jaqueca y los lazos de la neurosis, concentran su atención en la comedia que le representan, examinan a la actriz y buscan uno de los resortes que la

hacen saltar; y, cuando han descubierto el mecanismo de esta tramoya, se divierten en imprimir un ligero movimiento a algún contrapeso, asegurándose de este modo muy fácilmente de la realidad de estas enfermedades o de la falsedad de estas mojíngangas conyugales.

Pero si, poniendo una atención, que es tal vez superior a las fuerzas humanas, el marido escapa a todos estos artificios que un indomable amor sugiere a las mujeres, será necesariamente vencido con el empleo de un arma terrible, la última que emplea una mujer, porque ella sentirá siempre repugnancia a destruir su imperio sobre su marido; pero esta es un arma envenenada, tan poderosa como el fatal cuchillo de los verdugos. Esta reflexión nos conduce a la última parte de esta Meditación.

III

DEL PUDOR CONSIDERADO CON RESPECTO AL MATRIMONIO

Antes de ocuparse del pudor, sería necesario saber si existe. ¿No es en la mujer una coquetería bien entendida? ¿No es el sentimiento de la libre disposición del cuerpo, como pudiera creerse al pensar que la mitad de las mujeres de la tierra van casi desnudas? ¿No es una quimera social, como defendía Diderot, objetando que este sentimiento cedía ante la enfermedad y ante la miseria?

Se pueden justificar estas preguntas.

Un autor ingenioso ha asegurado recientemente que los hombres tienen mucho más pudor que las mujeres. Se ha fundado en muchas observaciones quirúrgicas; pero para que sus conclusiones mereciesen nuestra consideración, sería necesario que, durante cierto tiempo, los hombres fuesen curados por cirujanas.

La opinión de Diderot es todavía de menos peso.

Negar la existencia del pudor porque desaparece en las crisis en que perecen casi todos los sentimientos humanos, vale tanto como negar la existencia de la vida porque llega la muerte.

Otorguemos tanto pudor a un sexo como a otro, e indagaremos en qué consiste.

Rousseau le hace proceder de las coqueterías necesarias que todas las hembras despliegan para el macho. Esta opinión nos parece otro error.

Los escritores del siglo XVIII han rendido servicios inmensos a la sociedad; pero su filosofía, fundada en el sensualismo, no penetró más allá de la epidermis humana. No consideraron más que el mundo exterior, y desde este punto de vista solamente, han retardado por algún tiempo el desarrollo moral del hombre y los progresos de una ciencia que sacará siempre sus primeros elementos del Evangelio, mejor comprendido en adelante por los discípulos fervorosos del Hijo del hombre.

El estudio de los misterios del pensamiento, el descubrimiento de las potencias del Alma humana, la geometría de las fuerzas, los fenómenos de su poder, la apreciación de la facultad que nos parece que posee de moverse independientemente del cuerpo, de transportarse adonde quiere y de ver sin ayuda de los órganos corporales; en fin, las leyes de su dinámica y las de su influencia física, constituirán la parte gloriosa que en el siglo venidero enriquecerá los tesoros de las ciencias humanas. Y no estamos ocupados, tal vez en este momento, más que de extraer los enormes peñascos con que un genio poderoso sabrá más tarde construir algún glorioso edificio.

Así, el error de Rousseau ha sido el error de su siglo. Ha explicado el pudor por las relaciones de los seres entre sí, en vez de explicarlo por las relaciones morales del ser consigo mismo. El pudor no es más susceptible de análisis que la conciencia; y será tal vez haberlo comprendido instintivamente, llamarlo la conciencia del cuerpo; pues la una dirige hacia el bien nuestros sentimientos y los menores actos de nuestro pensamiento; así como la otra preside a los movimientos exteriores. Las acciones que chocan contra nuestros intereses y desobedecen las leyes de nuestra conciencia, nos hieren con más fuerza que las demás, y repetidas, crean el odio. Lo mismo acontece con los actos opuestos al pudor, por lo que respecta al amor, que no es más que la expresión de toda nuestra sensibilidad. Si el extremo pudor es una de las condiciones de la vitalidad del matrimonio, como hemos procurado probarlo (Catecismo Conyugal, Meditación IV), es evidente que la impudicia lo disolverá. Pero este principio, que pide largas deducciones al fisiologista, es aplicado a la mujer casi siempre maquinalmente; pues la sociedad, que lo ha exagerado todo en provecho del hombre exterior, desarrolla, desde la infancia, en las mujeres, ese sentimiento, alrededor del cual se agrupan casi todos los demás. Así es que desde el momento en que este inmenso velo, que se desarma a todo gesto de su torpeza natural, llega a caer,

la mujer desaparece. Alma, corazón, espíritu, amor, gracia, todo se aniquila. En la situación en que brilla el candor virginal de una doncella de Otaíti, la europea se hace horrorosa. Allí está la última arma que la esposa emplea para libertarse del sentimiento que su marido tiene aún por ella. Es fuerte con su fealdad, y esta mujer, que consideraría como la mayor desgracia dejar ver a su amante el más ligero misterio de su tocado, se regocijará de mostrarse a su marido en la situación más desventajosa que pueda imaginarse.

Con los rigores de este sistema procurará arrojaros del lecho conyugal. La señorita Shandy no obraba con malicia cuando advertía al padre Tristram que diese cuerda al reloj de sobremesa, mientras que vuestra mujer experimentará placer en interrumpiros con las preguntas más positivas. En donde poco ha se hallaban el movimiento y la vida, están el reposo y la muerte. Una escena de amor viene a ser una transacción largo tiempo debatida y casi testimoniada por escribano. Pero bien hemos probado en otra parte, que no nos negamos a aprovechar lo cómico de ciertas crisis conyugales, para que nos sea lícito desdenar aquí los chistosos recursos que la musa de Verville y de los Martial halló en la perfidia de los manejos femeninos, en la audacia injuriosa de sus discursos, en el cinismo de algunas situaciones. Sería demasiado triste reír, y demasiado jocoso entristecerse. Cuando llega una mujer a semejantes extremos, hay un mundo entre ella y su marido. Sin embargo, existen ciertas mujeres a quienes el cielo ha dado el don de agradar en todo, que deben, según se dice, poner cierta gracia espiritual y cómica en estos debates, y que tienen *un pico tan bien afilado*, según la expresión de Sully, que consiguen el perdón de sus caprichos y de sus mofas, y nunca pierden el corazón de sus maridos: ¿Cuál es el alma bastante robusta, el hombre enamorado con bastante fuerza, para persistir en su pasión, después de diez años de matrimonio, en presencia de una mujer que ya no le ama, que se hace con intención áspera, mordaz, enferma, caprichosa, y que adjurará sus votos de elegancia y de limpieza, en gracia de no ver a su marido apostatar; delante de una mujer que especulará, en fin, con el horror causado por la indecencia?

Todo esto, querido señor mío, es tanto más temible cuanto que:

XCII

Los amantes no conocen el pudor.

Ahora hemos llegado al último círculo infernal de la Divina Comedia del Matrimonio: nos hallamos en el fondo del infierno.

Existe no sé qué cosa terrible en la situación a que llega la mujer casada, cuando su amor ilegítimo le hace olvidar sus deberes de madre y de esposa. Como ha dicho muy bien Diderot, la infidelidad es en ella como la incredulidad en un sacerdote, el último término de las prevenciones humanas. Es en ella mayor crimen social, porque contiene todos los demás. En efecto, o profana su amor si continúa perteneciendo a su marido, o rompe todos los lazos de familia abandonándose enteramente a su amante. Debe elegir: porque la única excusa posible está en el exceso de amor.

Vive, pues, entre dos crímenes; o hará la desgracia de su amante, si es sincera en su pasión, o la de su marido, si aun es amada por él.

A este espantoso dilema de la vida femenina se deben todos los caprichos de la conducta de las mujeres; ahí se halla el principio de sus mentiras y de sus perfidias, ahí está el secreto de todos sus misterios; hay por que estremecerse. Por esto, como cálculo de existencia solamente, la mujer que acepta la desgracia de la virtud y que desdén las felicidades del crimen, tiene, sin duda, cien veces razón. Sin embargo, casi todas cambian los dolores del provenir y siglos de angustias, por el éxtasis de una media hora. Si el instinto de conservación de la criatura, el temor de la muerte no las detiene, ¿qué se puede esperar de las leyes que las envían por dos años a las *Madelonnettes*! (1) ¡Oh infamia sublime! Pero si se llega a pensar que el objeto de estos sacrificios es uno de nuestros hermanos, un hidalgo a quien no confiaríamos nuestra fortuna, si la tuviéramos, un hombre, en fin, que viste como todos nosotros, hay motivo para soltar una carajada que, partiendo de Luxemburgo, atravesara todo París y fuese a asustar a un asno que estuviese paciando en Montmartre.

Parecerá tal vez muy extraordinario que, tratando del

(1) Cárcel de París destinada a las mujeres de mala vida.—(N. del T.)

matrimonio, hayan sido tratadas superficialmente por nosotros tantas materias; pero el matrimonio no es tan sólo toda la vida humana en dos vidas humanas. Y así como la adición de un guarismo a un billete de la lotería centuplica las contingencias, así una vida, unida a otra vida, multiplica en una progresión espantosa las suertes, ya tan variadas, de la vida humana.

MEDITACION XXVII

DE LOS ÚLTIMOS SÍNTOMAS

El autor de este libro ha encontrado en el mundo tantas gentes poseídas de una especie de fanatismo por la perfección y la exactitud en todo, que ha juzgado demasiado necesaria esta meditación para la tranquilidad de un gran número de maridos, y no puede omitirla. Hubiese sido cosa cruel dejar a los hombres que tienen pasión por la exactitud, sin brújula para apreciar las últimas variaciones del zodíaco matrimonial y el momento preciso en que el signo del Minotauro aparece sobre el horizonte.

El conocimiento de la estación conyugal exigirá tal vez un libro entero, por el gran número de observaciones finas y delicadas que necesita. El magister confiesa que sus pocos años no le han permitido sino recoger muy pocos datos; pero siente justo orgullo al llegar al término de su difícil empresa, advirtiéndole que deja a sus sucesores abierto un nuevo campo para sus pesquisas; y un asunto, al parecer tan usado, no solamente no estaba todo dicho, sino que quedarán aún muchos puntos por aclarar. Da, pues, aquí sin orden y sin enlace, los elementos informes que ha podido reunir hasta el día, esperando tener el tiempo de coordinarlos más tarde, y de reducirlos a un sistema completo. Por si alguno se anticipase en esta empresa eminentemente nacional, indicará aquí, sin que por ello sea tachado de vanidad, la división natural de estos síntomas. Son necesariamente de dos especies: los unicornios y los bicornios. El Minotauro unicornio es el menos dañino; los dos culpables se contentan con el amor platónico, o al menos no deja su pasión vestigios visibles a la posteridad; mientras que el Minotauro bicornio es la desgracia con todos sus frutos.

Hemos señalado con un asterisco los síntomas que nos han parecido convenientes a este último género.

OBSERVACIONES MINOTÁURICAS

I

* Cuando, después de haber estado largo tiempo separada de su marido, la mujer le hace arrumacos demasiado fuertes, a fin de inducirle al amor, obra en virtud de este axioma de derecho marítimo: *El pabellón protege la mercancía.*

II

Halla una mujer en un baile a una de sus amigas, se acerca a ella y le dice:

—Vuestro marido tiene mucho talento.

—¿Lo creéis así? (Esta indiferencia es síntoma.)

III

Vuestra mujer cree que ya es tiempo de poner interno en un colegio a vuestro hijo, de quien, en otro tiempo, no quería separarse nunca.

IV

* En el proceso del divorcio de milord Abergaveny, el ayuda de cámara declaró: Que la señora vizcondesa tenía tal repugnancia por todo lo que pertenecía a milord, que él la había visto frecuentemente quemando unas baratijas de papel que milord había tocado en el cuarto de su mujer.

V

Si una mujer indolente se vuelve activa, si una mujer que tenía horror al estudio, aprende una lengua extranjera; en fin, todo cambio completo operado en su carácter, es un síntoma decisivo.

VI

La mujer que es muy dichosa por el corazón, no se presenta en sociedad.

VII

La mujer que tiene un amante se vuelve muy indulgente.

VIII

* Un marido da cien francos mensuales a su mujer para el tocado; y, bien considerado todo ello, lo menos gasta al mes quinientos francos sin contraer un sueldo de deudas; el marido es robado, de noche, a mano armada, con escalamiento, pero... sin fractura.

IX

* Dos esposos dormían en una misma cama, y la señora estaba constantemente enferma; duermen separados, y ella no tiene ya jaqueca, y su salud se va poniendo más brillante que nunca: ¡síntoma horrible!

X

Una mujer muy dejada de sí misma, pasa súbitamente a un extremado esmero en su tocado. ¡Hay algo de Minotauro en esto!

XI

—¡Ah! querida mía, no conozco suplicio mayor que el de no ser comprendida.

—Sí, querida mía, ¡pero cuando se es...!

—¡Ah! eso no sucede casi nunca.

—Conozco que es muy raro. ¡Ah! es una gran felicidad; pero no existen dos personas en el mundo que sepan comprenderos.

XII

* El día en que una mujer tiene miramientos con su marido... todo está dicho.

XIII

Le pregunto:

—¿De dónde venís, Juana?

—Vengo de casa de vuestro padre, de buscar vuestra vajilla que vos dejasteis.

—¡Ah! ¿es cierto? ¡Todo es aún mío!—dije.

Al año siguiente reitero la misma pregunta, en la misma ocasión.

—Vengo de buscar nuestra vajilla.

—¡Ah! ¡ah! ¡tenemos aún parte en ella!—dije.

Pero después, si la interrogo, me dirá muy de otro modo:

—Queréis saberlo todo como los grandes, y no tenéis tres camisas. Vengo de buscar *mi* vajilla, de casa de mi compadre, donde he cenado.

—¡ He aquí un punto averiguado!—dije.

XIV

Desconfiad de una mujer que habla de su virtud.

XV

Dijeron a la duquesa de Chaulnes, cuyo estado inspiraba serias inquietudes:

—El señor duque de Chaulnes quisiera entrar a veros.

—¿ Está ahí?

—Sí.

—Que se espere... entrará con los sacramentos.

Esta anécdota minotáurica ha sido recopilada por Chamfort, pero debía hallarse aquí como tipo.

XVI

* Hay mujeres que procuran persuadir a sus maridos de que tienen deberes que cumplir respecto a ciertas personas.

—Os aseguro que debéis hacer una visita a don Fulano...—No podemos dispensarnos de invitar a comer a don Fulano.

XVII

¡Vamos, hijo mío, tente derecho; procura tener buenos modales! ¡En fin, mira a don Fulano!... ¿ves cómo anda?... ¡ examina cómo se viste!

XVIII

Cuando una mujer no pronuncia más que dos veces al día el nombre de un hombre, tal vez hay incertidumbre sobre la naturaleza del sentimiento que él la inspira; pero ¿ tres...? ¡ Oh! ¡ oh!

XIX

Cuando una mujer acompaña a un hombre que no es ni abogado, ni ministro, hasta la puerta de su casa, es muy imprudente.

XX

Es un terrible día aquel en que el marido no puede explicarse el motivo de una acción de su mujer.

XXI

* La mujer que se deja sorprender merece su suerte.

¿Cuál debe ser la conducta de un marido al reparar en un último síntoma que no le deja duda alguna sobre la infidelidad de su mujer? Esta pregunta es fácil de contestar. No existen más que dos partidos que tomar: el de la resignación o el de la venganza; pero no hay ningún término entre estos dos extremos. Si se opta por la venganza, ésta debe ser completa. El esposo que no se separa para siempre de su mujer, es un verdadero necio. Si el marido y la mujer se juzgan dignos de estar aún ligados como amigos, hay algo de odioso en hacer sentir a la mujer la superioridad que se puede tener sobre ella.

He aquí algunas anécdotas de las cuales muchas son inéditas, y que señalan bastante bien, a mi juicio, las diferentes reglas de conducta que debe seguir un marido en semejante caso.

El señor de Roquemont dormía una vez al mes en la habitación de su esposa, y salía de ella diciéndose:

—Ya estoy listo y venga lo que viniere.

Hay en esto, a un tiempo, depravación y no sé qué pensamiento bastante alto de política conyugal.

Un diplomático, cuando veía llegar al amante de su mujer, salía de su gabinete, entraba en la habitación de su esposa, y le decía:

—¡ Al menos, no riñáis!

En esto hay bondad natural.

Se preguntaba el señor de Boufflers lo que haría si, después de una larga ausencia, encontrase a su mujer encinta.

—Haría llevar mi bata y mis chinelas a su alcoba.

En esto hay grandeza de alma.

—Señora, que ese hombre os maltrate cuando estáis sola, es culpa vuestra; pero no sufriré que se conduzca mal con vos en mi presencia, pues me falta.

En esto hay nobleza.

Lo sublime del caso es el birrete puesto al pie del lecho del magistrado, durante el sueño de los dos culpables.

Hay algunas venganzas muy bellas. Mirabeau pintó admirablemente, en una de sus obras que compuso para ganarse la vida, la sombría resignación de aquella italiana sentenciada por su marido a perecer con él en Marenes.

ÚLTIMOS AXIOMAS

XCIII

No es vengarse sorprender a la mujer con su amante y matarlos abrazados; pues ese es el mayor servicio que se le puede hacer.

XCIV

Nunca el marido será mejor vengado que por el amante de su mujer.

MEDITACIÓN XXVIII

DE LAS COMPENSACIONES

La catástrofe conyugal, que un cierto número de maridos no sabrían evitar, trae casi siempre una peripecia. Entonces, todo se calma en torno vuestro. Vuestra resignación, caso de que os resignéis, tiene el poder de despertar remordimientos en el alma de vuestra mujer y de su amante; pues su dicha misma les instruye de toda la extensión del daño que os causan. Sois el tercero, sin sospecharlo, en todos sus placeres. El principio de beneficencia y de bondad que yace en el fondo del corazón humano, no es ahogado tan fácilmente como se cree; así las dos almas que os atormentan, son precisamente las que más bien os desean.

En estas suaves y familiares conversaciones que sirven de lazo a los placeres y que son, en cierto modo, las caricias de nuestros pensamientos, vuestra mujer dice frecuentemente a vuestro sustituto:

—¡Pues bien, te aseguro, Augusto, que quisiera mucho ver a mi marido feliz; pues, en el fondo, es bueno: ¡si no fuese un marido, y no más que un hermano, haría muchas cosas para agradecerle! me ama, y su amistad me incomoda.

—¡Sí, es un hombre de bien!

Entonces os hacéis objeto del respeto de este soltero, que quisiera daros todas las indemnizaciones posibles por el daño que os causa; pero está detenido por aquella altanería desdeñosa cuya expresión se mezcla en todas vuestras palabras, y que se imprime en todos vuestros gestos.

En efecto, en los primeros momentos en que el Minotauro llega, un hombre se parece al actor embarazado en un teatro en donde no tiene la costumbre de mostrar-

se. Es muy difícil que sepa conllevar su tontería y su dignidad; pero, sin embargo, aun no son tan raros los caracteres generosos para que sea imposible hallar uno para marido modelo.

Entonces os halláis cautivado insensiblemente por la gracia de los miramientos con que vuestra mujer os abruma. La señora toma entonces un tono de amistad que no abandonará ya en adelante. La dulzura de vuestro hogar es una de las primeras compensaciones que hacen a un marido el Minotauro menos odioso. Pero como es natural al hombre acostumbrarse a las condiciones más duras, a pesar de este sentimiento de nobleza, que nada puede alterar, sois llevado por una fascinación cuyo poder os rodea sin cesar, a no desdeñar las dulzuras de vuestra situación.

Supongamos que la desgracia conyugal haya caído sobre un goloso. Pide naturalmente consuelos a su gusto. Refugiado su placer en otras sensibles cualidades de su persona, toma otros hábitos. Os acostumbráis a otras sensaciones. Viniendo un día del ministerio, después de haber permanecido largo tiempo delante de la rica y deliciosa biblioteca de Chevet, vacilando entre desembolsar cien francos y los goces prometidos del *foie gras* de Strasburgo, quedáis atónito al encontraros el pastel insolentemente instalado en el aparador de vuestro comedor. ¿Sucede esto en virtud de un espejismo gastronómico?... Entonces, y en esta incertidumbre, os vaís hacia él (un pastel es una criatura animada) con paso firme, parece que rehusáis oliendo de lejos las trufas cuyo perfume atravesara vuestras fosas nasales; os inclináis por dos veces; todas las fibras nerviosas de vuestro paladar se animan, saboreáis los placeres de una función verdadera; y en este éxtasis, perseguido por un remordimiento, llegáis al cuarto de vuestra mujer.

—En verdad, querida amiga mía, no tenemos fortuna que nos permita comprar pasteles...

—¡Pero si nada nos cuestan!

—¡Oh! ¡oh!

—Sí, es el hermano del seyor Aquiles quien lo ha enviado...

Veis al señor Aquiles en un rincón. El célibe os saluda, parece dichoso al veros aceptar el pastel. Miráis a vuestra mujer, que se pone colorada; pasáis la mano por vuestros bigotes acariciando muchas veces vuestra barba; y como no dais las gracias, los dos amantes adivinan que aceptáis la compensación.